

**GONZÁLEZ ALCANTUD, JOSÉ ANTONIO (2022). *Las catástrofes y los elementos. Historia cultural*. Editorial Universidad de Granada**

Jordi Moreras Palenzuela

Profesor agregado Serra Húnter, DAFiTS (URV)

jordi.moreras@urv.cat

<https://orcid.org/0000-0002-8557-821X>

Tras decidirme a hacer la reseña del libro de José Antonio González Alcantud, éste reposó durante unas semanas en una de las estanterías de mi casa en compañía de la compilación de escritos de Georg Simmel sobre el pesimismo, editados por Sequitur en 2017. No sé por qué establecí esta correlación entre uno y otro texto. Al poco tiempo, volví a la carga añadiendo a la pila el libro de Ignasi Terradas, *Mal natural, mal social* (Ed. Barcanova, 1988), recuperado con nostalgia de una librería de segunda mano, y recordando aquellas viejas fotocopias en donde se argumentaba que las teorías sociales intentan explicar cómo se produce la sociedad ante, o de acuerdo, con las inclemencias y condicionantes marcados por la Naturaleza. Con estas presuntas complicidades, inicié la lectura del trabajo de González Alcantud que, como el resto de sus obras que he tenido el placer de leer, te sumerge en una concatenación de argumentos, sólidamente documentados, y que vuelve a ser una prueba más de su más que notable capacidad analítica. Esta obra, cuya génesis se remonta a tres décadas atrás, se fundamenta sobre la compilación de textos previamente publicados o inéditos, que han sido actualizados o reenfocados en el contexto del *reset* pandémico, al que el autor dedica sus dos últimos apartados.

Las catástrofes, como manifestaciones indómitas de la fuerza de una Naturaleza que desde hace milenios la Humanidad intenta domear, sirven no sólo de correctivo del antropocentrismo y de nuestra innata condición supremacista ante el medio que habitamos, sino también como sucesos (en su sentido absolutamente literal, algo importante; o incluso “lo imposible”, recuperando el título de la película de J.A. Bayona de 2012

sobre el tsunami en Tailandia), que ponen a prueba a las sociedades que los padecen. El descubrimiento de Copérnico inició el declive de la visión antropocéntrica del mundo, y la pérdida de confianza en la racionalidad tecnológica nos acerca a la conciencia del Antropoceno en el que habitamos. Pero las muescas catastróficas que la Naturaleza ha marcado en el orgullo humano, por su contundencia e imprevisibilidad desafían nuestra capacidad de comprensión, pero siguen estando presentes en el recuerdo de muchas sociedades.

González Alcantud se centra en el estudio de los cuatro principales elementos que, desde la Antigüedad clásica, ya habían sido identificados como la fuente de la vida (la tierra, el agua, el fuego y el aire), pero que al mismo tiempo suponen las cuatro amenazas fundamentales para la supervivencia de esta. De los cuatro elementos, González Alcantud dio buena cuenta en diferentes volúmenes que coordinó en la extinta colección de antropología en la editorial Anthropos. Cuatro elementos que, por su manifestación en ausencia o exceso, así como por la ambigüedad que ha acompañado a lo largo de la historia su manejo, apropiación o control, han sido la fuente de salvación, pero también de condena para la Humanidad. El enfoque de González Alcantud se sitúa dentro del ámbito de la historia cultural, intentando mostrar cómo las sociedades han tenido que hacer frente y significar sus encuentros y sus desencuentros con respecto a estos cuatro elementos naturales.

El recuerdo de la tierra que tiembla (en los casos de Lisboa en 1755 y Granada en 1884, comparados por González Alcantud) revela el conjunto de explicaciones que surgen para responder a lo inexplicable. La geología, como ciencia que estudia el tiempo y la presión, nos proporciona detallados mapas tectónicos que permiten considerar la existencia de mayores o menores frecuencias en los movimientos de las primeras capas de la corteza terrestre. Nos hablan de probabilidades, pero no pueden pronosticar. Hasta aquí llega la ciencia, por el momento. Pero a lo largo de la historia ha sido posible buscar otras causalidades mucho menos empíricas, aunque con un valor superior en términos de creencias: el castigo divino ante la degradación de las costumbres, el advenimiento del fin del mundo, el destino trágico de algunas naciones desafortunadas... El aprendiza-

je moral de una catástrofe cunde mucho más entre poblaciones sobreco-  
gidas, que entre las que se encuentran ávidas de explicaciones científicas.  
Si para algunos la tierra es plana, ¿por qué dudar de aquellos que piensan  
en el flagelo del castigo divino?

No todas las aguas revueltas pasan ordenadamente bajo el puente.  
Eso cuando hay agua, porque este es un elemento vital para la vida (nues-  
tro cuerpo es agua, dicen), tanto cuando escasea como cuando se excede.  
Sin lugar a duda, el carácter relativo de ambos conceptos ha tomado es-  
pecial relevancia en el contexto de sequía estructural que afecta al con-  
junto de sociedades que compartimos una misma latitud. Esa campaña  
institucional que afirma que “el agua no cae del cielo” merece un análisis  
bien detallado, metáfora que quiere apelar a un consumo racional en un  
contexto de planificada irracionalidad hídrica. Si la base de la civiliza-  
ción se fundamenta sobre la contención y conducción del agua (Wittfogel  
*dixit*), es porque se fundamenta sobre el principio de capacidad huma-  
na para evitar y prevenir grandes avenidas de agua. Todo el componente  
beneficioso del agua, y su contribución al concepto de higiene que se ha  
convertido en deseable en nuestra sociedad, es comparable también a los  
ímprobos intentos para evitar el efecto mortífero del exceso de agua. Con  
las evidencias de un cambio climático a nivel planetario, el agua se con-  
vierte en un elemento azaroso.

Y sin agua, no podemos apagar los fuegos, cuyo potencial destructivo  
es más tenido que su capacidad para construir cultura. Si para Herácli-  
to el fuego era el origen del mundo, según Lévi-Strauss es el elemento  
que facilita el paso de la Naturaleza a la Cultura. Pero el fuego quema,  
no se deja manejar y se expande por otros materiales ígneos: como cual-  
quier forma de fundamentalismo cultural. Los hogares no lo serían sin el  
fuego, y sin su luz no hubiera sido posible refugiarse en cuevas y pintar  
un mundo cotidiano. Con el calor que provoca, no se hubiera desplegado  
la tecnología que nos ha propulsado hasta el presente. Ese calor del que  
huimos en canículas cada vez más prolongadas, y que genera sequedad  
en los campos e incendios en los bosques. El que arrasa ciudades, el que  
incita adoradores que desean prender el mundo, y el que se combina con

la tierra en la eyección de ceniza y lavas. Es sin duda uno de los elementos más ambiguos: ilumina, pero también incendia.

Y el aire que respiramos desde que la vida salió del agua, es creador de un sinfín de metáforas. Convertido en viento, como causante de estados mentales alterados: cita González Alcantud los “aventados” de Tarifa, que también se podría aplicar a otros lugares, como el Monte Toro en Menorca. El viento que mueve molinos, barcos y cometas; pero también el viento violento, con su variada terminología según su intensidad y acervo geográfico (tormentas, huracanes, tifones, tornados, galernas, ...). Aún en quietud, el aire puede ser dañino: por estar contaminado, por ser vehículo de transmisión de elementos radioactivos, por convertirse en elemento capaz de formar atmósferas explosivas (como el gas grisú), por transformarse en humo fruto de la combustión de gases.

Los elementos pueden ser atribuidos como los factores que conducen a las catástrofes, y así han sido interpretados a lo largo de la historia. Interrogar las causas de una catástrofe es también pensar en la culpabilidad respecto a lo ocurrido. En el marco de nuestras sociedades, a cada catástrofe le sigue su comisión de estudio como forma de rendir cuentas y responsabilidades, a pesar de que ello no siempre pueda ser posible. Pero las sociedades como nos indica González Alcantud saben definir los perfiles de los causantes de desatar la violencia destructiva de los elementos y, por ello, establecer sus propias culpabilidades: los incendiarios y su pasión ígnea; los que construyeron edificios en los cauces naturales de agua, o que no hicieron caso de las normativas arquitectónicas en zonas habitualmente sacudidas por los terremotos; los que contaminan el agua, el aire o la tierra. Figuras culpables, en definitiva, de la catástrofe. Pero de la misma manera que se identifican los culpables, se enaltescen las figuras virtuosas que luchan contra los elementos desatados. De entre ellos, y explícitamente analizados por González Alcantud, se encuentran los bomberos, pero también los miembros de equipos salvavidas en naufragios o inundaciones. Y también los ecologistas, que denuncian los excesos urbanísticos sobre el medio ambiente, y la necesaria reconciliación con la Naturaleza.

Las catástrofes inquietan nuestra cotidianidad, por su carácter azaroso y por el impacto que tienen a nivel humano y material. Pero las principales catástrofes que son atribuidas a la combinación de elementos no son aquellas que nos sobresaltan de madrugada o sobrecogen ante la lectura matinal de las noticias. Los desastres climáticos azuzados por la mano del hombre han generado el desplazamiento forzado de millones de personas. Eso no es un epifenómeno de nuestra normalidad; es una de las muchas catástrofes a las que nos hemos acostumbrado, y que nos ha llevado a comprender los diferentes valores que damos a las víctimas, depende que las consideremos como propias o ajenas.

Fue necesario una pandemia global para demostrar que la fragilidad es constitutiva de la condición humana, y no sólo patrimonio de pueblos desfavorecidos por la geopolítica actual. Y como no podría ser de otra manera, esta situación de excepcionalidad social (que no sólo sanitaria) ha servido para mostrar nuestras costuras sociales en términos de respuesta a lo impredecible. La gestión de la crisis y las respuestas implementadas por los estados han servido para poner en evidencia su incapacidad para, en palabras de González Alcántud, “dar amparo a sus ciudadanos, pues ya no aparecen como el orden omnipotente y omnisciente capaz de controlarlo y saberlo todo, quedando en evidencia frente a la auto-organización de colectivos ciudadanos desamparados”. El aprendizaje por extraer de lo sucedido ha de servir para poner en cuestión esa confianza tecnológica-racional hacia un futuro en permanente crecimiento, porque para González Alcántud “se acabó el tiempo del riesgo y la reflexividad, y comienza el de la incertidumbre secularizada”.

Una de las dimensiones que no se explicita en el texto, a pesar de que su autor refiere algunas situaciones concretas participadas por él mismo, es la referencia a la proliferación de “voces expertas” que pueblan nuestros medios de comunicación, a fin de explicar lo sucedido tras cada tragedia. Durante la pandemia se popularizó el término de infodemia, para referirse a ese exceso de información derivada de su seguimiento. Pero una cosa es el exceso de información (o de desinformación, que a fin de cuentas forma parte del mismo registro), a cuya gestión y discriminación estamos condenados debido a nuestra dependencia del mundo digital,

y otra muy diferente es el exceso de obviedades y nociones comunes que esparcen los llamados “especialistas” que habitan en los ecosistemas mediáticos. Los tertulianos que fueron presentados como expertos en propagación vírica, mudaron en conocedores de las dinámicas tectónicas ante la erupción volcánica de La Palma. La “todología”, verdadera especialidad de estas voces locuaces, nunca debieron leer a Simmel, que en 1888 ya decía que “cuando más alejada está una cuestión de la posibilidad de una solución empírica y exacta, tanto más inciertos e incontrolables se vuelven los distintos valores de los juicios emitidos sobre ellas; y tanto más fácil resulta para un orador superficial e indocumentado sobrepasar, a ojos de la muchedumbre, al orador sabio, pues los juicios del segundo son comedidos y llenos de reservas, mientras que el primero acostumbra juzgar a voz en grito y sin vacilación, y la muchedumbre exige siempre determinaciones dogmáticas: las mismas circunstancias que cierran las bocas escrupulosas son las que abren aquellas que carecen de todo reparo”. Tenemos la suerte de que antropólogos como José Antonio González Alcantud proporcionan análisis profundos, con contenido y bien contextualizados, a fin de ayudarnos a comprender las catástrofes como sucesos sociales con trascendencia cultural.